

NOTAS PARA UNA INTERPRETACION DE LA LITERATURA

Luisa López Grigera

Uno se pregunta qué es la literatura.

Porque se dice "introducción a la Literatura" y se dice "Literatura Castellana". Cualquiera entiende que lo primero es —debe ser— un estudio, un conocimiento —uno se puede introducir a un conocimiento—, y lo otro es una realidad que se lee y se gusta. Esto, un conjunto de obras. Lo otro, el estudio —en nuestro caso la introducción al estudio— de esas obras.

Y nos estamos preguntando si la literatura es una ciencia.

(Si es que pudiera haber ciencia de lo individual. Y nada tan individual como la obra literaria: tanto más literaria cuanto más personal. Estilo es el sello individualizante).

No. La literatura es el estudio de esa realidad individual cambiante. Es en cierto modo la historia de esa realidad. Y la valoración de esa historia.

Fuerte individualidad la de la obra literaria. Dada por el estilo, sello personal del poeta.

Personalidad fuerte, por lo demás libre.

Se ha dicho —lo dijo un maestro— que "si todo hombre es libre o debe serlo, el poeta es libérrimo, ya que él como el héroe o como el santo es asimismo el único que en verdad consigue expresarse". Lo dijo Battistessa.

La obra literaria es, en cierto modo, la prueba de la liberación de un espíritu. La expresión de un alma.

Poesía lírica es el canto de la soberana grandeza del alma. La glorificación del espíritu.

Y hemos tocado el problema del espíritu.

Fuerza es que querramos resolverlo.

Porque sabemos qué es el espíritu. Creemos saberlo. Pero, ¿nos preguntamos alguna vez para qué lo tenemos y por qué nos fué dado?

Para poder responder a ambas preguntas tendremos que conocer la intención que se tenía el Creador al darnoslo.

Y en cuanto entremos a considerar al Creador estaremos tocando los problemas de la Teología.

No retrocedemos. No nos parece mal explicar una cosa natural —sea esa cosa natural el espíritu o cualquier objeto perfeccionado o elaborado por él— por medio de lo sobrenatural. Nos parece muy bien. Cuando en la interpretación de una obra poética se presenta una duda, queremos — en lo posible— preguntar por ella al poeta. Al menos tratamos siempre de penetrar la intención del artista. De mirar en perspectiva del artista a la obra.

Por esto debemos remontarnos al Creador del hombre.

Dios.

Espíritu purísimo y personal que desde toda la eternidad contempla su propio Ser. Lo contempla con todas sus perfecciones en el Verbo, su Hijo. Y allí ve, en el Verbo, que hay en su Naturaleza una posibilidad infinita de crear; de limitar en infinitos moldes sus infinitas perfecciones. Porque las hay, Dios crea las cosas.

Y cada cosa contiene algún Pensamiento Suyo. Las cosas, cada una, tienen el sello del pensamiento de Dios. Y como las cosas, los seres y los hechos. El pasado y el futuro.

El universo todo es un testigo —son miles de millones de testigos— de las perfecciones del Creador.

Pero testigo mudo e inconsciente, en un principio, los cinco primeros días. Porque el sexto, al final del sexto día, el universo tuvo conciencia.

Dios creó al hombre, amasó el limo de la tierra a su imagen, espíritu como Él, para que fuera la conciencia del mundo. De los mundos creados.

El hombre tiene inteligencia —participación de la divina— para buscar y comprender; en otros términos, para leer el pensamiento de Dios escondido en las cosas, y en los hechos.

Y así el hombre conoce y ama. Y canta. Eso. El hombre canta.

La obra literaria es la canción del hombre. Es la glorificación de todo lo creado.

Y de la belleza en lo creado.

Toda vez que se canta, que se glorifica a una criatura, indirectamente se canta, se glorifica al Creador.

Y hemos llegado.

Estamos, ahora, en condiciones de entender qué es la literatura. Ya sabemos para qué se ha dado el espíritu al hombre.

Y que la obra poética es el canto del pensamiento de Dios escondido en las cosas y en los hechos. La verdadera obra poética, se entiende.

Habíamos dicho de la literatura que es la historia de la obra poética. Por eso.

Es la historia del balbuceo que hacen los hombres, de las glorias de Dios.

Balbuceo consciente. Conscientemente bello.

Sólo así se pueden explicar casos como el de San Juan de la Cruz.

Sólo así se puede comprender aquello que Dámaso Alonso llama “el misterio, el prodigio” de San Juan.

Con el maestro reconocemos que “esos poemas, esas coplas son tales, que la literatura mundial no ha producido nada de una emanación más nostálgicamente perturbadora, donde *cada palabra parece haber recibido plenitud de gracia estética*”.

Pero no estamos del todo con él cuando dice: “nada más lejos de las vías de San Juan de la Cruz que una meta de arte. El arte no era nada, no significaba nada para él. No tenía resquicio para el arte quien estaba pleno de Dios”.

Si por arte se entiende el absurdo llamado “arte por el arte”, estamos, aprobamos.

Pero si lo que el maestro quiere significar es eso que explica más abajo: “no le importa la perfección formal, ni quizá sabe qué es” —entonces, no estamos en nada.

Porque cuidar la perfección formal no es violentarse para encerrar en un verso y en un ritmo el canto del alma.

Porque cuidar la perfección formal es usar medios humanos, seleccionados; formar giros, expresiones, recursos poéticos. Y San Juan usa la estrofa de su tiempo. Glosa temas garcilasianos. A más, nadie duda del empleo que hizo de recursos altamente poéticos. Que lo digan quienes lo estudiaron minuciosamente. Pero no digan que todo se debe al acaso. Ni al Espíritu Santo. El Espíritu devela el Pensamiento del Creador. La belleza. Pero la forma la pone el poeta, se llame éste David, San Juan o Claudel.

Claro está que de “cuidar la perfección formal”, y sólo atender a ella hay la distancia de lo verdadero a lo absurdo.

Y en cuanto a “conocerla...” preferimos callar, porque nos cuesta creer que un hombre que cursó en Salamanca...

En fin. A la inversa que a D. Alonso: “según vamos comprendiendo que a este hombre no le importaba el arte, que lo único que le importaba era Dios, el misterio, el prodigio de su obra se hace más denso” a la inversa, vamos entendiendo.

Sí. Ya no hay misterio. Por aquello, porque “lo único que le importaba era Dios”.

Porque su poesía fué verdadera poesía.

Porque quiso ser el poeta de las glorias de Dios.

Canto consciente. Consciente de la excelencia de su destinatario.

Por eso puso a su servicio el arte, las reglas, los recursos. Para que fuera digno mensaje.

Ahora entendemos —roto el misterio— por qué: “cada palabra parece haber recibido plenitud de gracia estética”.

La belleza inefable de cumplir su propio fin.